

Índice

13	Dedicatoria y agradecimientos
17	Introducción
21	1. Yamato Takeru. Siglo IV
40	2. Yorozu. Siglo VI
59	3. Arima no Miko. Siglo VII
81	4. Sugawara no Michizane. Siglos IX y X
120	5. Minamoto no Yoshitsune. Siglo XII
179	6. Kusunoki Masashige. Siglo XIV
236	7. Amakusa Shirō. Siglo XVII
292	8. Ōshio Heihachirō. Siglo XIX
349	9. Saigō Takamori. Siglo XIX
440	10. Los kamikazes. Siglo XX
531	Notas
731	Bibliografía
741	Índice onomástico y analítico
	Apéndices
753	Glosario
781	Cronología general

La nobleza del fracaso

- ① CASTILLO DE AKASAKA
- ② MONTE KONGO
- ③ KII
- ④ KUMANO
- ⑤ KAWACHI
- ⑥ YAMATO
- ⑦ ASUKA
- ⑧ YOSHINO
- ⑨ LA LLANURA DE NOBO

J A P Ó N

P A C Í F I C O



O C É A N O

OSHIMA

TOKUNOSHIMA

OKINAWA

Dedicatoria y agradecimientos

Yukio Mishima me comentó una vez que la admiración que yo profesaba por la belleza de la Corte japonesa y por el apacible mundo de Genji ocultaba hasta cierto punto el lado más trágico y cruel de su país. Como en los últimos años me he dedicado a estudiar la vida de los hombres de acción, vidas breves y agitadas, marcadas por el esfuerzo, puede que haya conseguido equilibrar un tanto la balanza y por eso este libro está dedicado a la memoria de Mishima. Aunque discrepábamos en muchas cosas, sobre todo en cuestiones políticas, la disensión nunca afectó a nuestra amistad ni hizo debilitar mi admiración por él.

Debo decir que los héroes de la tradición japonesa empezaron a fascinarme durante la Segunda Guerra Mundial. Entonces me llamaba la atención el particular sentido del fracaso, algo que parecía ir en contra del estereotipo que describía a los japoneses como personas «guiadas» exclusivamente «por el resultado». Sin embargo, hasta 1957, año

en que conocí a Mishima, no empecé a entender su significado psicológico. Dado el éxito que le rodeaba, Mishima admiraba sobre todo a hombres como Ōshio Heihachirō (el vehemente inspector de policía que se suicidó en 1837 al ver fracasar su levantamiento), a los miembros de la Liga del Viento Divino, que fueron masacrados en la sublevación de 1876, o a los jóvenes pilotos suicidas que murieron en la guerra contra los americanos. Esta simpatía natural que Mishima sentía por los perdedores valerosos no representa ninguna singularidad de su carácter, sino que tiene hondas raíces entre los japoneses, pueblo que siempre ha reconocido la gloria especial que depara el sacrificio sincero e inútil.

Y podemos decir que la última actuación del propio Mishima, el 25 de noviembre de 1970 en el cuartel general del Comando Oriental de las Fuerzas de Autodefensa de Japón en Tokio, se integra a la perfección en el escenario de heroísmo que describen los capítulos que siguen. La razón que dio al declarar que iba a suicidarse fue más quijotesca que las de Ōshio o la de los rebeldes del Viento Divino; y sea cual sea la interpretación que hagamos de los motivos que le llevaron a tomar su decisión, el valor físico y moral demostrado tampoco fue menor. Las generaciones venideras decidirán si Mishima entra a formar parte del catálogo de figuras heroicas o si fue sólo un demente (*kichigai*) (de acuerdo con la lacónica definición del entonces primer ministro, Sr. Satō), y todo ello dependerá, al menos en parte, del mayor o menor grado con que Japón rompa con su pasado.

Si tenemos en cuenta la adulación y el estallido de nostalgia que surgió entre la población en 1974 cuando el teniente Onoda Hirō regresó de su refugio en Filipinas, tras haber desafiado la realidad de la derrota durante casi treinta años, resulta claro que algunos de los patrones psicológicos tradi-

cionales han sobrevivido a la profunda transformación de la postguerra. Mientras que un periodista occidental describía el caso del teniente Onoda como «ejemplo de locura (del carácter japonés)», uno de los artículos de fondo del *Mainichi Shinbun* alababa su heroísmo, destacando que «Onoda nos demuestra que la vida va más allá de la mera riqueza material y del logro de intereses individuales. También hay que contar con el aspecto espiritual, algo de lo que puede que nos hayamos olvidado». Evidentemente no lo habían olvidado las multitudes que fueron a verlo cuando visitó el santuario Yasukuni y que en silencio sepulcral lo acompañaron, mientras él con la cabeza inclinada rendía un largo homenaje a las legiones de compañeros muertos en la desastrosa guerra de Japón.

Aprovecho desde aquí para agradecer los distintos apoyos que he recibido durante los años dedicados a esta investigación. De particular ayuda han sido las críticas y el ánimo que me infundieron amigos, colegas y corresponsales como el profesor W. G. Beasley, el padre Michael Cooper, el profesor Alvin Coox, Sarah Cumming, el profesor Yoshito Hakeda, Shirley Hazzard, Donald Hutter, el profesor Marius Jansen, Dr. Constance Jordan, Prof. Donald Keene, Karen Kennerly, Arne Lewis, Edita Morris, Muriel Murphy, Peter Nosco, el profesor Moriaki Sakamoto, la profesora Barbara Sproul, el profesor Paul Varley, y el profesor Herschel Webb.

Gracias a la beca concedida por la Fundación Japón pude visitar Kagoshima, Shimabara, el río Koromo y otros lugares en los que mis héroes cumplieron con su aciago destino.

Introducción

En el sanguinario y encarnizado mundo en que vivimos, donde la lucha se orienta a conseguir el dominio y la supervivencia, veneramos el éxito y consideramos héroes a aquellos hombres y mujeres que consiguen lograr sus objetivos. Como la victoria siempre conlleva esfuerzo, el héroe suele pagar con su vida. Sin embargo, tanto quienes sobreviven y gozan de la gloria de sus logros, como un Mahoma, un Marlborough o un Washington, como quienes mueren orgullosos en combate, como los Nelson o las Juana de Arco, ven reconocidos sus esfuerzos y sacrificios, en el sentido más pragmático de la palabra; consideramos que tales renuncias han valido la pena.

También Japón tiene sus héroes victoriosos, desde el primer emperador, Jimmu, que (según cuenta la leyenda) sometió a los bárbaros en el año 660 a.C. y estableció la dinastía imperial que se ha mantenido en el trono hasta nuestros días, pasando por los Cuarenta y Siete *rōnin*, que murieron

con la tranquilidad de saber que habían vengado la deshonra de su señor, hasta el almirante Tōgō (el «Nelson japonés»), que en la guerra ruso-japonesa demostró que un pequeño reino de una isla del Pacífico podía derrotar al poder occidental. En fechas más recientes, científicos del genio de Yukawa o Noguchi han confirmado con sus descubrimientos que los japoneses saben comportarse de la misma manera pacífica y práctica que los extranjeros.

En la compleja tradición japonesa hay otro tipo de héroe: el hombre que desarrolla su carrera profesional normalmente durante un periodo de guerra o de inestabilidad y que representa la antítesis del espíritu del éxito. Es un hombre cuya inquebrantable sinceridad le impide someterse a las maniobras y compromisos que con tanta frecuencia van aparejados al triunfo. Puede que al principio se vea lanzado a las alturas, por su valor y su carácter decidido, pero al estar ineluctablemente ligado al lado perdedor, terminará por caer. Lanzado hacia su patético destino, desafía los dictados de la convención y el sentido común, hasta que al final es derrotado por su enemigo, el «superviviente victorioso», quien a través de prácticas de despiadado realismo consigue imponer en el entorno un nuevo orden más estable. Enfrentado a su derrota, lo habitual es que el héroe se quite la vida para evitar la indignidad que significaría ser capturado; así, reivindicará su honor y realizará una declaración final defendiendo su rectitud. La muerte del héroe no representa un retroceso transitorio que pueda ser recuperado por sus seguidores, sino el colapso irrevocable de la causa que defiende. En términos más prácticos: la lucha ha resultado inútil y en muchos casos contraproducente.

Si bien es cierto que la historia occidental también recoge el legado de grandes hombres que no lograron alcanzar sus

metas, no lo es menos que sólo entrarán en el panteón de los héroes *si no se tiene en cuenta* su debacle. Los panegíricos sobre Napoleón rara vez hacen referencia al periodo que siguió a Waterloo; con todo, si Napoleón perteneciera a la tradición japonesa, el cataclismo y sus amargas secuelas integrarían el núcleo narrativo de la leyenda del héroe.

Esta predilección por héroes que no fueron capaces de conseguir sus objetivos concretos resulta sumamente ilustrativa para conocer los valores y la sensibilidad de los japoneses —e indirectamente también los nuestros—. En una sociedad en la que predomina el conformismo, cuyos miembros sienten un reverencial respeto por la autoridad y la tradición, es normal que hombres impetuosos, desafiantes y hondamente sinceros como Yoshitsune o Takamori despertaran una particular simpatía. Los demás, la sumisa mayoría, sufren sus aflicciones en la seguridad del silencio, pero se complacen por vía indirecta identificándose afectivamente con estos individuos que libraron desesperadas batallas a pesar de tenerlo todo en contra. Y es más, el hecho de que todos sus esfuerzos sean coronados por el fracaso confiere a sus héroes el patetismo que empaña la vanidad de todas las empresas humanas, convirtiéndolos por ello en los más queridos y los más admirados.

Hasta nosotros, que vivimos inmersos en una cultura que tanto venera el éxito, somos capaces de reconocer la nobleza y el lado conmovedor de aquellos hombres vehementes, extravagantes y desprendidos, cuya pureza de miras les condenó a seguir el arduo camino que conducía al desastre. Mientras que en la historia occidental los héroes suelen ser los vencedores y se nos priva de una tradición arraigada en el fracaso, la literatura desde la *Iliada* y *Edipo Rey* nos ha familiarizado con el concepto del «héroe como perdedor»; y,

sobre todo en tiempos recientes, tendemos a respetar a quienes no pueden o no quieren arrodillarse ante la perra diosa del éxito. «Ahora que se sabe toda la verdad», escribe Yeats a un amigo, cuyo esfuerzo ha resultado en balde:

Calla y acepta la derrota
Que impone la palabra insolente...
Criado para más arduas empresas
Que el Triunfo, aléjate
Y como alegre bordón
Que baila al ritmo de enloquecidos dedos
En un paraje yerto,
Calla y celébralo
Porque de todo lo que existe,
Lo más difícil es esto.

Los hombres que aparecen en este libro pertenecen a siglos y a sistemas sociales muy distintos, no se ajustan a un único patrón de comportamiento ni comparten los mismos ideales; sin embargo, todos fueron criados «para más arduas empresas» y en conjunto nos ofrecen una variada pannotia de derrotas terrenales, de la dignidad que éstas pueden conllevar y de las razones por las que despiertan tantas evocaciones en la tradición japonesa.